

Un culo de cabra, por favor.

Don Pepito decidió dar un paseíto antes de la hora de comer. Era verano pleno y hacía bastante calor, así que eligió el parque más frondoso del barrio, el más fresquito. De este modo, además, quizá coincidiría con don José, quien, él sabía, paseaba a su perrita Yorkshire Terrier por allí.

Llenó su mochila de cerveza bien fría, acompañada de bloques congelados para mantenerla en este estado, enrollado todo en una manta, y se puso en marcha. No tendría que andar mucho.

Se sentó en un banco bien sombreado y dejó vagar sus pensamientos, sin preocupación, mientras engullía dos cervezas y fumaba sendos porros. Era sábado en una localidad de la península ibérica cuyo nombre me tiene sin cuidado.

El tiempo pasaba y don José no aparecía. Cuando ya iba pensando en regresar, al mirar la hora en el móvil, descubrió un mensaje de don José que no había oído llegar diez minutos atrás. Le preguntaba, precisamente, si saldría a pasear. Le llamó y le dijo que estaba allí, que le esperaba.

No tardó en aparecer Melinda, la perrita de don José, en carrera frenética y entusiasta para celebrar el encuentro con don Pepito, quien la recibió con alegría, caricias y palabras muy amables y cariñosas: ¡Hola, Melinda!, ¡hola, perrita guapa!...

Cuando Melinda se hubo saciado de saludo, don Pepito saludó con gusto a don José, y le dijo que tenían que buscar otro banco pues, por un lado, ese tenía bastante sol ya, por otro, Melinda, en su euforia, había derramado la cerveza de don Pepito y mojado el asiento.

Se trasladaron a unos metros, un banco con sombra tupida, y comenzaron a charlar sin ninguna prisa ni urgencia. Don José sacó, al descuido, una china de un hachís excelente, del que hierve al calentarlo, de la cantidad de aceitito que tiene, y liaron sin fijarse en lo que hacían. Don Pepito, al tiempo, sacó dos cervezas, dando una a don José, y charlaban y charlaban en un parque vacío, muy tranquilo.

Don Pepito y don José advirtieron que a unos veinte metros de ellos, en una zona de aparatos de gimnasia, había un hombre maduro y dos jóvenes que, sin saber cuándo habían llegado, se ejercitaban con aplicación, haciendo abdominales, lanzando golpes al aire, etc. Y les echaban vistazos furtivos, comentando que debían ser luchadores de estos modernos, que dan puñetazos y patadas a la vez. Y seguían a lo suyo.

Don Pepito preguntó a don José si eso era habitual, si les había visto antes, en días anteriores. Don José, amante de la normalidad, dijo que sí, pero don Pepito no le creyó del todo. Sentía que eso no era muy lógico, pues hacer ejercicio brusco con casi 40° de temperatura, aún estando a la sombra, no le parecía muy normal, pero no le dio importancia al asunto.

Resultó que Melinda se fue corriendo hacia el deportista maduro y se puso a ladrarle con insistencia. Esto sí que era extraño. Melinda nunca había ladrado a nadie. De hecho, don Pepito no conocía el ladrido de Melinda en los 6 ó 7 años que llevaba viéndola. Ante la pasividad de don José, don Pepito se levantó y fue hacia Melinda. Esto también fue completamente nuevo. Don Pepito nunca se había ocupado de disciplinar a Melinda.

Sin ninguna brusquedad ni enojo, sino sólo con tono firme, don Pepito llamó a Melinda desde cierta distancia y le dijo: “Venga, para allá, vamos”. Ella, con sorpresa más que obediencia, atendió a don Pepito y fue a su banco, sentándose junto a don José.

Entonces, don Pepito se disculpó con el deportista explicándole que era raro, que esta perrita nunca ladraba a nadie. El hombre fue comprensivo y simpático, argumentando que él tenía una perrita similar, y debía haberle olido eso.

Ya se sabe cómo son los perros. Como no piensan, actúan en función de sus sentimientos, y aquel hombre le había caído mal. También es sabido que los perros rara vez actúan con brusquedad, sino que prueban sus inclinaciones despacio, poco a poco. Melinda se levantó y se quedó mirando al deportista. A los dos o tres minutos, se fue otra vez a ladrarle, repitiéndose la escena.

Don Pepito le contó a don José que hacía unos cuantos años, Javier Sardá, en su programa de televisión “Crónicas marcianas”, había entrevistado a uno de esos luchadores que, además, hacía combates de navaja a primera sangre. Y que le había preguntado si pensaba que estaba justificado llegar a la violencia física. Éste respondió que por supuesto que sí, que en ocasiones era muy necesario. Javier, muy humorísticamente, había dicho que esperaba no haber hecho nada que hubiera podido molestarle.

Con esto explicaba su intervención en la disputa de Melinda, argumentado que convenía no enfadar a aquel hombre, siendo así que el hecho de que un perro te ladre con insistencia es muy incómodo.

Otra vez Melinda se quedó mirando a su enemistado, pero don Pepito estaba al loro ahora y, cuando arrancó ella, él la cogió al vuelo, evitando otro incidente.

Para colmo, el deportista pasó junto al banco de don Pepito, don José y Melinda, y ella aprovechó para ladrarle. Fue a una acera próxima y corrió en sprint de un lado a otro. Melinda se escabulló una vez más y se fue a ladrarle. Entonces, don Pepito volvió a disciplinarla del mismo modo, la cogió, y explicó al hombre que

ya no le molestaría más, que le iban a poner la correa. El deportista aclaró que no le molestaba, pero don Pepito le dijo que no faltaba más, que la atarían. Don José apoyó la decisión de don Pepito y la ató.

Este suceso terminó con la despedida del deportista, quien comunicó muy orgulloso y simpático que tenía cuatro hijos, diciendo sus edades, que esa hora era el único momento que le quedaba libre para entrenarse, y que iba a caminar media hora para acabar su ejercicio. Don Pepito y don José fueron muy simpáticos a su vez en su despedida. Este hombre era un niño grande, como tantos otros luchadores.

Don Pepito y don José continuaban su charla constructiva cuando una pareja de adolescentes, chico y chica, fueron a sentarse, a pesar de estar el parque vacío, en el banco frente a ellos, a unos sólo 4 ó 5 metros de distancia y de cara. Don Pepito bromeó diciendo que habían encendido la tele. Pensó bromear más pidiéndoles que hablaran más alto, como quien sube el volumen del televisor, pero sintió grosera esta iniciativa. Después de todo, los adolescentes no le habían molestado, sólo sorprendido, así que suspendió su chiste.

Además, don Pepito ya se estaba dando cuenta de que los sucesos de ese día estaban siendo singulares, inhabituales, y no quiso romper el hilo con su intervención personal. Don José, más dado a sentir todo como normal, siguió la conversación disponiéndose ya a despedirse. Comentó que no le apetecía ponerse a cocinar. Entonces, don Pepito le dijo que no le podía invitar a comer, pues andaba muy mal de pasta.

Don José dijo que llevaba 30 pavos, y que tenía que comprar tabaco. Entonces, don Pepito, dejándose llevar por su sensación de que no debía poner fin a ese encadenamiento de sucesos extraños, sino seguirlo a ver qué deparaba la cosa, considero apropiado

gastar un poco de dinero. Dijo: “Bueno, si tú pones 20 pavos, yo pongo el resto”. Y se dispusieron a ir a una terraza de un bar en el que ya habían comido varias veces juntos y les había gustado. Mientras recogían el tenderete, los adolescentes se levantaron y siguieron su camino. Al parecer sólo habían hecho un descansito.

Se pusieron en camino, pero advirtieron que era demasiado pronto aún, que no habría mesa libre. Ya habían tenido que esperar en ocasiones anteriores, así que se sentaron en otro parque y liaron otros porros, y tomaron otras cervezas.

Vaya. Mientras seguían charlando, estando también vacío ese parque, unos jóvenes que paseaban sus perros se detuvieron a unos diez metros de ellos y se quedaron allí hablando. Don Pepito y don José no se molestaron por esto, y siguieron sus cuitas. Lo curioso es que aquellos jóvenes se detuvieron y permanecieron al sol. Al rato se trasladaron a la sombra, sin aumentar la distancia con sus vecinos. Por fin se fueron.

Don José no pudo mantener ya su impresión de normalidad y comentó lo curioso de este último suceso, añadiendo su asombro por el comportamiento de los adolescentes anteriores, para lo que dio una explicación racional tonta. Don Pepito comentó que él había buscado una explicación más psicológicamente profunda al suceso de los adolescentes. Dijo que probablemente habían sentido la necesidad común de ser vistos y oídos en su relación para sentirla más real. No hubo más comentarios al respecto.

Bien, pero vamos al grano. Don Pepito y don José recorrieron los escasos cien metros hasta la terraza en la que planeaban comer. Llevaban ambos un porro a medias. Al comprobar que había mesas libres, había muy poca afluencia, decidieron apagar los porros y guardar las pavas para luego, pues estaban muertecitos de hambre.

Ocuparon una mesa y rápidamente acudió el camarero, que no tenía mucho trabajo.

Camarero.- ¿Vais a tomar el menú?

Don Pepito.- ¿Cuánto es el menú?

C.- 16 €.

DP.- Ah, pero es menú especial de fin de semana, ¿no? A diario son 10 €.

C.- Sí.

Don José.- Ah, pues estará bien. ¿Qué hay de menú?

C.- (Leyendo de corrida). Ensalada de lechuga y tomate con culo de cabra, patatín, patatán, esto y lo otro. (En fin, leyó 5 ó 6 primeros platos, más otros tantos segundos).

Don Pepito había elegido ya, durante la lectura, pero don José estaba más lento. Al ver el primero que el segundo dudaba, dijo: “Tráenos dos jarras de medio litro de cerveza y lo vamos pensando”. Y el camarero accedió.

DP.- Yo voy a comer los espárragos con salmón ahumado y el chuletón de ternera.

DJ.- (Dudando). ¿Qué había?, una ensalada, ¿no?, ¿y qué más?

DP.- Sí, una ensalada con no sé qué, no he entendido; había una sopa de algo, un rabo de toro y no sé qué más.

El camarero llegó con las jarras de cerveza, bien frías, heladas. Don Pepito le pregunto:

DP.- ¿La ensalada con qué era, has dicho?

C.- Con culo de cabra.

DP.- (No estando seguro de haber oído bien, a pesar de estar usando el español, un idioma claro y conciso, preguntó, incrédulo). ¿Con culo de cabra?!

C.- Sí.

DP.- (Sin poder creer que estaba entendiendo, insistió). ¡¿Culo de cabra, has dicho?!

C.- Sí, con rulo de cabra.

DP.- (habiendo oído esta vez “rulo”, creyó haber encontrado la raíz de su confusión). ¿Has dicho culo de cabra o...?

C.- Sí, sí, con culo de cabra, culo. Va cortado en medallones. (E hizo gesto con las manos de un círculo grande).

En la mente de don Pepito se constituyó una cabra siendo cortada en rodajas por el culo, lo que no encajaba con la técnica carnicera. Siempre se cortan los animales en dos por el plano de simetría, a lo largo. Además, la cabra no es un animal del que se coma la carne, no por estas tierras. En su desconcierto fue girando la mirada hacia don José, buscando algo de comprensión, pero éste estaba más desconcertado aún.

Entonces, el camarero dijo: “Es un queso”.

Esto trajo alivio y relajación.

DP.- ¡Ah!, ¡coño!, ¡un queso!

DJ.- Ah, sí, pues me apetece una ensalada con queso.

DP.- Bueno, pues tráenos una ensalada con culo de cabra.

El camarero tomó nota del resto del pedido y se fue. Don José comentó que no tardarían, pues eran platos fríos los primeros. Ambos estaban impacientes por ver el culo de cabra maldito, además de hambrientos.

Fue una camarera quien trajo los primeros platos. Don Pepito y don José fijaron la vista en la ensalada. Hasta donde se veía era una ensalada normal, de lechuga y tomate con, eso sí, atún de lata. Don José comentó, decepcionado: “Parece que a la camarera se le ha olvidado poner el culo de cabra”. Don Pepito se tomó más

tiempo antes de decidir qué estaba pasando. Tenía la esperanza de que bajo la abundante lechuga hubiera un culo de cabra.

La camarera trajo la sal, el vinagre y aceite. Don José aliñó su ensalada y la removió. Allí no había ni queso ni nada que pudiera interpretarse como un culo de cabra.

Don Pepito dijo, por fin:

DP.- Este camarero está de cachondeo.

DJ.- No, será que le has entendido mal.

DP.- ¡Qué coño!, si se lo he preguntado 3 ó 4 veces, y me ha asegurado que era culo de cabra. Está de cachondeo.

DJ.- No, esto es que a la camarera se le ha olvidado ponerlo.

Degustaron sus comidas, que estaban exquisitas, sin que a ninguno se le ocurriera pedir más aclaraciones sobre el asunto al camarero. Pero hubo, para colmo, un suceso extraño más.

Cuando hubieron terminado, don José se fue al interior del bar a comprar tabaco. Como de costumbre, dejó a don Pepito el cuidado de Melinda, que andaba por debajo de la mesa. Don Pepito se descuidó un momento y el mango de la correa cayó al suelo. Entonces se alarmó ligeramente y pidió tranquilidad a Melinda mientras se levantaba para recuperar la correa.

El camarero, que estaba limpiando una mesa próxima, preguntó si la perrita se había asustado. Don Pepito explicó que la perrita no era suya, sino de su amigo, y que siempre estaba con él, así que, cuando él se ausentaba, Melinda estaba muy intranquila hasta su vuelta, y temía que saliese corriendo a buscarle. El camarero asintió comprensivo.

Lo extraño fue que, mientras don Pepito daba estas explicaciones, notaba que Melinda no estaba inquieta en absoluto,

al contrario de lo que ocurría siempre, que por más que intentaba tranquilizarla, con caricias, palabras suaves, incluso con música relajante en el coche, ella esperaba muy impaciente el regreso de su compañero de vida. Don Pepito pensó que efectivamente ese día todo era extraño sobremanera.

Se despidieron muy cordialmente del camarero, dejándole una buena propina, y se fueron al parque a fumar esas pavas de porro que les quedaban. Allí don Pepito insistió en que el camarero estaba de cachondeo, sin que don José lo admitiera. Éste seguía pensando que la camarera había olvidado poner el susodicho culo de cabra.

Aquí acabó este encuentro singular, como ningún otro de los muchos anteriores de don Pepito y don José. El último se fue diciendo que se iba a echar una siesta. Don Pepito, por el contrario, no habría podido dormir por nada del mundo. Al llegar a casa se puso a repasar los acontecimientos rompiendo a reír a carcajadas cada vez más fuertes y frecuentes a medida que iba comprendiendo lo que había pasado.

De hecho, don Pepito no concilió el sueño hasta las 6 ó 7 de la mañana siguiente. El problema era que la risa le estaba causando un agotamiento que le impedía dormir, mientras seguía y seguía riendo, agotándose más. Tomó una aspirina y, por fin, se durmió.

Y es que la cosa era tremenda. Haber considerado simplemente que ese camarero era un cachondo habría supuesto despreciar, no sólo el humor fino y la magnífica interpretación de ese hombre, que no mostró en ningún momento ni un ápice de chulería o cachondeo o hacerse el listo, no, se había mostrado en todo momento simpático y cordial, como si todo fuera normal... Pero no sólo esto. Habría supuesto también el desprecio de todos los sucesos extraños del día.

Un filósofo místico habría apuntado que todo lo sucedido quedaba fuera del alcance del lenguaje, pues el lenguaje somete todo a la normalidad, a lo comprensible, y esto era incomprensible.

No, de ningún modo. Lo que hacía estallar en carcajadas una y otra vez a don Pepito era expresable en palabras, si bien es posible que el lector no las comprenda. Sin embargo, don Pepito lo comprendía con claridad: Ese hombre estaba dando sentido a su vida.

NOTA DEL AUTOR: Quizá debería considerar el lector escéptico que quiera ver esto como normal, o el listo que lo entienda muy rápido, sin implicar a sus sentimientos e idea del mundo... Debería considerar, digo, por qué este hombre no explicó a la primera y directamente que el culo de cabra es un queso. Hacer notar que ésta es la actitud normal de los camareros, dar todos los datos en cuanto se presenta duda. Así mismo, destaco que he introducido culo de cabra en Google sin encontrar ninguna referencia al queso. Es queso el rulo de cabra, pero no el culo.

Jesús Estrada, en julio de 2014. www.nuevaera.info